
HISTORIA SOCIAL
DE LA FOSFORERA DEL “CARMEN”:
UN LUGAR EN LA MEMORIA
HISTÓRICA DE TARAZONA.

Roberto Ceamanos Llorens

... y los fósforos lucieron tanto que había más luz que en pleno día.
“La niña de los fósforos”, en Hans Christian ANDERSEN, *Cuentos*, Madrid, 1994, pp. 57-61.

El presente artículo tiene por objeto dar a conocer la que fue una de las principales industrias de Tarazona y que presidió la vida de muchas familias turiasonenses desde mediados del siglo XIX hasta finales del XX: la conocida, popularmente, como Fosforera del Carmen, así llamada por haber ocupado el que fue convento de los Carmelitas.

La fábrica de cerillas fue de gran importancia para la ciudad del Queiles. Impulsó la industrialización de Tarazona y su comarca, hasta entonces con una producción básicamente agrícola y artesanal, y dio empleo a una numerosa mano de obra. Se calcula que, a finales del siglo XIX, proporcionaba trabajo a unas 1.200 personas. Si tenemos en cuenta que, hacia 1887, la población de Tarazona era de poco más de 8.500 habitantes, se puede calcular que, aproximadamente, un 14% de la población turiasonense trabajaba en la Fosforera. Estas cifras permiten suponer que serían muchas las familias que tuvieran a alguno de sus miembros trabajando en ella. Esta mano de obra era, esencialmente, femenina y, en muchos casos, infantil, lo cual atentaba

contra la legislación laboral de la época. Fue una generación de niñas que se vio obligada a trabajar durante largas jornadas y que se vio privada de su tiempo para jugar, de su educación y de gran parte de su vida familiar.

En este texto se pretende apuntar ideas y conocimientos a una historia aún por hacer y que despierta el interés no sólo de los investigadores sino también de gran parte de los turiasonenses que han escuchado de boca de sus mayores las historias de cómo se vivía entonces. Especialmente emotivo resulta el recuerdo de las personas de edad más avanzada, niñas en las primeras décadas del siglo pasado, que trabajaron en la Fosforera. Estas líneas que siguen son parte de su vida y de la memoria histórica de Tarazona. A ellas va dedicado.

LA HISTORIA DE LA FOSFORERA

La fábrica de fósforos del “Carmen” de Tarazona debe su instalación a la iniciativa del empresario navarro Emilio Pascasio Lizarbe Ruiz que nació en la localidad de Berbinzana. Lizarbe marchó a Francia donde adquirió los

conocimientos básicos para la elaboración de fósforos. Tras esta etapa de aprendizaje y, con el deseo de iniciar un negocio propio donde poner en práctica los conocimientos adquiridos, se instaló en Fuenterrabía, localidad en la cual montó un pequeño taller de fósforos. Posteriormente, en 1838, vendió este taller a su socio, Agustín Zarueta, y se trasladó a la localidad de Hernani. Allí montó un nuevo taller de cerillas gracias al dinero que aportó Carmen Elizondo, con quien contrajo matrimonio.¹ No parece que Lizarbe estuviera muy satisfecho con la marcha del taller pues decidió un nuevo traslado. Es probable que influyeran en este peregrinar los acontecimientos políticos de la época ya que por entonces estaba en pleno apogeo la Primera Guerra Carlista (1833-1840), cruento conflicto bélico que enfrentó a liberales y carlistas, dentro de un contexto europeo de lucha entre Revolución y Contrarrevolución. Esta vez, Lizarbe se instaló en la localidad navarra de Cascante. Corría el año de 1839. En Cascante, con la ayuda de un socio capitalista, Ángel Garro Falces, montó una fábrica de cerillas que llevó el nombre del citado socio y que ofrecía algún adelanto técnico respecto a los anteriores talleres. El negocio prosperó y Lizarbe logró el dinero suficiente para poder instalar una empresa propia.

En 1846, Lizarbe decide comprar parte del convento de los Carmelitas, sito en la localidad de Tarazona y que

1. Carmen Elizondo, viuda de Lasa, tenía un hijo fruto de esta unión: Dinisio Lasa Elizondo. Posteriormente, ésta fallecerá y Lizarbe contraerá matrimonio, en segunda nupcias, con Prudencia Azcona Huici. De este matrimonio nacerán cinco hijos.

había sido desamortizado dentro del proceso de reformas liberales que buscaban reactivar la vida económica del país. En un principio, el edificio había sido solicitado para ubicar en él cuarteles; sin embargo, fue finalmente vendido a Lizarbe. Esta propiedad contaba una amplia superficie y con espaciosas naves donde instalar una fábrica de cerillas. Se iniciaba, así, la historia de la que iba a llegar a denominarse, por su importancia, la “Catedral de los Fósforos” y que se constituiría en referente ineludible en la vida de los turiasonenses al estar presente en su historia a lo largo de más de un siglo.²

Cuando, a mediados del siglo XIX, Lizarbe establece la fábrica de cerillas en Tarazona, la ciudad contaba con 6.413 almas. Su núcleo urbano estaba compuesto por unas 4.200 casas “de buena fábrica”, distribuidas en dos grandes grupos separados por el río Queiles. La parte izquierda era la principal y la derecha se denominaba Arrabal. Las calles se caracterizaban por ser “bastante limpias” y por estar alumbradas. Para la educación de sus hijos, los turiasonenses contaban con dos escuelas de instrucción primaria elemental y una superior, para los niños, y dos de

2. En concreto, el terreno contaba con 20.000 metros cuadrados, de los cuales 2.000 estaban edificadas. En otra fuente se habla de 1816 como fecha de fundación de la fábrica: CARO, D., “Notas de un cursillo. En la fábrica de cerillas”, *Diario de Avisos de Zaragoza*, 25 de agosto de 1915, p. 1, Hemeroteca Municipal de Zaragoza [H.M.Z.]. La noticia de que el edificio se quisiera destinar, en un principio, para cuartel en: MADOZ, P., *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1845-1850, [Teruel, Ámbito Ediciones, Valladolid, 1986, Introducción de Eloy Fernández Clemente], p. 221.



*Plantilla de trabajadores de la Fosforera de la Viuda de Pascasio Lizarbe a fines del siglo XIX.
Foto: Archivo Luis Tarazona Vallejo.*

primaria, para las niñas. Todas ellas se consideraban “bien concurridas” y se mantenían con el dinero del presupuesto municipal –salvo dos de ellas que contaban con maestros privados y, por tanto, eran pagadas por las propias familias de los alumnos–. En el antiguo convento de San Francisco se había emplazado un hospital y en el edificio que había sido colegio de los jesuitas se ubicaba un hospicio o casa de la misericordia que actuaba también de inclusiva. Respecto al ocio, los turiasonenses contaban con las actividades de un teatro y de la plaza de toros, si bien el teatro sólo se utilizaba el 28 de agosto para celebrar la festividad de San Atilano. También disfrutaban los vecinos de los paseos por Pradiel, en el Arrabal, “con dos lindas y copiosas fuentes a su entrada y una salida y un bonito salón de descanso en medio”.

La economía de Tarazona era básicamente agrícola. Los campos producían, principalmente, vino, aceite, cáñamo, lino y hortalizas. La producción sobrante se exportaba a Castilla, de donde se traían los cereales necesarios para completar la producción propia que resultaba insuficiente para abastecer a toda la población. La ganadería estaba compuesta por 12.000 cabezas de ganado lanar y las caballerías precisas para la agricultura. Sus fábricas de paños habían entrado en decadencia, si bien se apreciaban restos de su antiguo esplendor cuantificados en una producción anual, aproximada, de 2.600 piezas. También resultaba en “lamentable decadencia” la industria de alpargatería y la de sombrerería. Estas industrias se completaban con una fábrica de curtidos, once molinos de aceite y doce harineros. A tenor de esta

debilidad industrial, la instalación en Tarazona de la fábrica de cerillas supuso un importante impulso.³

La Fosforera estuvo dirigida por Pascasio Lizarbe Ruiz y por el hijo de su primera mujer, Dionisio Lasa. Cuando, en 1865, Pascasio muere, la fábrica pasa a ser administrada por el hijo primogénito de su segundo matrimonio, Pascasio Lizarbe Azcona, que, en 1919, es sustituido, por motivos de salud, por su sobrino Abel Lizarbe Anchóriz.⁴

Quando veían subir a don Abel, gritaban las niñas: ¡qué viene don Abel, qué viene don Abel! Se limpiaban los mocos y se ponían delante de él. Éste les daba una peseta que las crías se repartían.⁵

Las continuas desavenencias surgidas entre el Dionisio Lasa y los herederos de Lizarbe dividieron a la sociedad y el primero decidió crear su propia fábrica, “Dionisio Lasa e Hijos”, que se situó a extramuros de la Iglesia de San Francisco, en un viejo caserón que había servido durante varios años como Mesón de San Francisco y que pertenecía a la comunidad de los frailes franciscanos del Convento de San Francisco de Asís. Obtuvo la fábrica de Lasa un gran reconocimiento; sin em-

3. La información y los entrecomillados en: MADOZ, P, *Diccionario...*, ob. cit., pp. 219-224.

4. A la muerte de Pascasio Lizarbe Ruiz, la fábrica pasó a denominarse “Viuda de Lizarbe” y, en 1876, “Viuda de Lizarbe e Hijos”.

5. Entrevista a Ángela Soria Pérez. Fecha y lugar de nacimiento: 01-03-1921, Tarazona. Trabajadora del hogar. Trabajó en la Fosforera entre 1931 y 1959. Fecha y lugar de la entrevista: 03-01-2002, Tarazona.

bargo, el 17 de febrero de 1908 fue cerrada y, en 1935, demolida y traspasado su terreno al Estado.⁶

Pronto la Fosforera cobró un destacado protagonismo y se situó entre las más importantes del país. Instaló su propio taller litográfico. Hasta entonces la decoración de las cajas de cerillas era realizada por imprentas de la zona. En este taller se imprimieron numerosas viñetas que daban colorido a la caja y aportaban una información básica:

Hacía cajitas de goma, que decíamos. Eran unas cajitas a las que poníamos una goma y un alambre para que se pudieran abrir y cerrar. Luego les poníamos a las cajas unas etiquetas encima. Me acuerdo de eso porque eran todo poblaciones de España. ¡Qué bonitas eran!⁷

Progresivamente, se fueron adoptando nuevas mejoras con la introducción de ingenios mecánicos de madera y de hierro. La instalación de una máquina de vapor fue uno de los avances más importantes. Fue la primera de la comarca y supuso una revolución en la

6. Entre otros reconocimientos, la fábrica de “Dionisio Lasa e Hijos” obtuvo la medalla de plata en la exposición del Ateneo de Zaragoza, en 1867, y el diploma de la Sociedad de Amigos del País, en 1869. Su propietario fue nombrado, en 1875, Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III por la perfección y progreso en la industria; fue condecorado con la Cruz de dicha Orden, libre de gastos; y se le concedió el uso del escudo de armas reales en su fábrica. Actualmente, en el terreno donde estaba ubicada la fábrica de Lasa se sitúa el Parque de San Francisco y un local donde se encuentran la Biblioteca Municipal y la Policía Local.

7. Entrevista a Ángela Soria Pérez.

industria fosforera. Al principio, se utilizó para calentar la masa del fósforo. Esta labor se venía realizando con un brasero que secaba la masa, lo cual hacía difícil y peligrosa la labor de quitar la masa seca pues ésta explotaba con gran facilidad y producía numerosos accidentes. Más tarde, se utilizó para lograr un secado uniforme. Esto supuso un avance espectacular en la fabricación del fósforo. Anteriormente, se secaba al aire por lo que la pasta se quedaba hueca y porosa, y al encenderse se producían pequeñas explosiones. Para evitarlo, los operarios, dependiendo de la dirección del aire, abrían unas u otras puertas de las naves, y aún así siempre entraba algo de aire que dañaba algunas partidas.

Estos avances permitieron abastecer al mercado con un producto de relativa calidad e incrementar la producción. La bonanza de la empresa llevó a que el Banco de España decidiera concederle el privilegio de ser su primera sucursal en la provincia de Zaragoza, sucursal bancaria que estuvo ubicada en las mismas dependencias de la fábrica.

En un principio, la fabricación de cerillas estuvo liberalizada, pero esta libertad de producción y de comercio fue, finalmente, sustituida por el monopolio del Estado. Durante la segunda mitad del siglo XIX, fueron numerosos los fabricantes de cerillas en España. En un mercado donde reinaba la anarquía en las labores de producción y en los precios, los principales fabricantes, con muchos operarios y grandes instalaciones, tenían que competir con pequeños talleres artesanales cuya mano de obra estaba constituida,

principalmente, por la familia del propietario, lo cual le permitía abaratar los precios. Los grandes productores, perjudicados por esta competencia e imposibilitados para reducir costes ya que, al ser un material peligroso, no podían reducir la calidad del producto, decidieron unirse en lo que se denominó la Casa Comisionada. Se pretendía establecer una serie de normas sobre la calidad, la presentación y el precio del producto de manera que los pequeños fabricantes, incapaces de cumplirlas, se vieran obligados a cerrar. El proyecto terminó por disolverse.

La crisis económica de finales del siglo XIX y la necesidad recaudatoria del Estado llevaron a la modificación de la libre fabricación y comercio del fósforo. La Ley de Presupuestos de 30 de junio de 1892 y la posterior Real Orden de 13 de marzo de 1893 pusieron fin a esta libertad y marcaron el paso a un monopolio constituido, en un principio, por los fabricantes que hubieran aceptado esta nueva regulación. Se trató de hecho de una situación intermedia generada por la relación entre el Estado y el recién constituido Gremio de Fabricantes de Fósforos. Los fabricantes integrados en el Gremio fueron expropiados, previa indemnización, de sus industrias; no obstante, dicho Gremio quedó subrogado, por un espacio de quince años a contar desde el 15 de febrero de 1893, en todos los derechos que se le habían concedido al Estado en la fabricación y venta de toda clase de fósforos.

Muchos fabricantes artesanales, al no poder acomodarse a la nueva regulación, cerraron sus talleres o bien los traspasaron, con sus marcas y clientes,

a los que se mantuvieron en el Gremio. A partir de este momento, la presentación de los productos fue uniforme para todas las fábricas. Se creó un nuevo diseño de caja de cerillas, las cajas de resorte, conocidas popularmente como de “gomitas”. Todas ellas llevaban el logotipo del Gremio. La única diferencia de una fábrica a otra consistía en colocar en uno de los lomos de la caja el emplazamiento geográfico de la fábrica que realizaba el producto.

Al finalizar el arrendamiento del monopolio, en 1908, comenzó una nueva etapa. Se trató de una ambicioso proyecto estatal que buscó monopolizar los beneficios que la industria fosforera proporcionaba. Desde el 15 de febrero, sólo se pudieron vender las cerillas reglamentarios puestas en el mercado por el Estado y contenidas en nuevas cajas que llevaban el precinto de la Hacienda Pública. Fueron retiradas de la circulación las cerillas de las compañías arrendatarias que formaban el Gremio, y la venta de éstas o de cualesquiera otras fue perseguida como delito de contrabando. Este control estatal se reafirmó por el Decreto de 9 de febrero de 1911, que estableció la explotación directa por la Hacienda Pública del monopolio de la fabricación y venta de cerillas, fósforos y similares.

A consecuencia del monopolio de las cerillas, los inspectores de la Hacienda Pública se desplazaron a Tarazona y cerraron las dos fábricas allí ubicadas: la de “Viuda e Hijos de Lizarbe” y la de “Viuda e Hijos de Lasa”. Se precintaron las maquinas y todos aquellos enseres útiles para la fabricación, así

como se inventariaron las existencias almacenadas. Los propietarios se desplazaron a Madrid para negociar con las autoridades la reapertura de sus fábricas. Junto a los intereses empresariales, estaba en juego el futuro de muchas familias cuyos jornales dependían de la reapertura de estas fábricas. Finalmente, la fábrica de Lizarbe continuó funcionando, mientras que el cierre de la de Lasa fue definitivo.⁸

Gracias a la noticia de una visita guiada, en agosto de 1915, a la fábrica de cerillas de “Viuda de Lizarbe e Hijos”, conocemos algo más sobre su funcionamiento. En diferentes estancias se realizaban todas las fases de la producción de cerillas, desde su fabricación hasta su empaquetado. En la planta baja se encontraba la primera de las tres dependencias principales en que se dividía la fábrica. Era la cerillería. Allí, “lindas obreritas” elaboraban el tronco de la cerilla.

La materia prima eran bobinas de algodón hilado. Los hilos que se formaban con estas bobinas eran pasados por una solución caliente de talco, estearina y resina. Suficientemente humedecidos, se reunían los hilos, en número de veinte, en ruedas y se procedía a su cortado para obtener el tronco de la cerilla. Después, se igualaban las puntas y se sacudía el polvo que

8. La información sobre el monopolio en: VILLACIÁN, A. y MARTÍN, A., *Cerillas, encendedores y sus afines*, Barcelona, A. de Villacian y A. de Martín Mayor, 1924, p. 290; “Fábricas de cerillas cerradas. El monopolio de las cerillas”, *Heraldo de Aragón*, 17 de febrero de 1908, p. 1, H.M.Z.; y “Tarazona. El monopolio de las cerillas”, *Heraldo de Aragón*, 21 de febrero de 1908, p. 1, H.M.Z.

podiera quedar. Una segunda dependencia era el taller de pasta para la cabeza. Ésta se hacía a base de fósforo amorfo, azufre, clorato potásico, secante de vídreo, harina foril y blanco de zinc. Estas sustancias eran mezcladas en un molinillo, se superponían al cuadro de cerillas y se depositaba todo en una estufa para su secado.

Había un segundo tipo de cerillas llamadas de pasta amorfa que estaban compuestas de cola, agua, clorato, magnesio, sulfuro de antimonio y bicromato. Necesitaban para su encendido de un rascador especial y estaban destinadas al mercado de Barcelona. Por último, en otra sección se llevaba a cabo la fabricación de las cajas. Los trabajos que allí se realizaban iban desde el litografiado hasta el empaquetado final.⁹

En 1922, se adjudicó a la Compañía Arrendataria de Fósforos, S.A. el monopolio de la fabricación y venta de cerillas. Por este proceso de monopolización a favor del Estado, los Lizarbe perdieron la propiedad de la Fosforera, si bien continuaron siendo sus administradores.

Fueron años en los que la producción de la Fosforera aumentó progresivamente. En el siguiente cuadro se observa esta progresión, que es especialmente importante entre 1921 y 1922. Posteriormente, y tras una producción récord en 1926 con 700.000 gruesas de cajas —una gruesa eran 12 docenas— a causa del cierre de otras fábricas, la producción se estabilizó, en 1933, con 600.000 gruesas.

Producción de la Fosforera de Tarazona.

1918-1922	
1918	287.340 gruesas de cajas
1919	328.800 gruesas de cajas
1920	386.280 gruesas de cajas
1921	395.620 gruesas de cajas
1922	540.300 gruesas de cajas

Fuente: GARCÍA, E., *Las comarcas de Borja y Tarazona, y el Somontano del Moncayo. Estudio geográfico*, Zaragoza, Dpto. de Geografía Aplicada del Instituto Juan Sebastián Elcano, 1960, p. 214.

Durante la Guerra Civil, la Fosforera, pese a sufrir graves dificultades de abastecimiento, continuó en funcionamiento. Fue entonces cuando, al agotarse las existencias de materia prima para confeccionar las cajas de resorte —se trataba de los alambres y los elásticos que permitían dicho resorte— y comprobarse que era imposible encontrarla en la zona sublevada, se decidió cambiar el formato de la caja de resorte por el sistema tubular; además, se acudió a los talleres litográficos de Portabella (Zaragoza) para obtener el suministro de etiquetas que ilustraran las cajas.

Superadas las penurias de la inmediata posguerra, el proceso de elaboración del fósforo se mecanizó. Esto llevó al despido de una gran parte de los empleados en los años cincuenta.¹⁰

La producción y rentabilidad de la Fosforera aumentó por lo que los obreros que se quedaron vieron aumentar

10. En los primeros años treinta, la Fosforera contaba con 940 obreros, de los cuales 900 eran mujeres. Debido al perfeccionamiento de la maquinaria, los 600 trabajadores en plantilla en 1950 se vieron reducidos a poco más de 230 en 1959. Cuando, en 1992, la fábrica cerró sus puertas se calcula que unas 150 personas quedaron en la calle.

9. CARO, D., "Notas ...", ob. cit., p. 1, H.M.Z.

sus salarios –se estableció un sistema de primas por rendimiento– y, por ende, su nivel de vida. Las reformas se sucedieron por aquellos años: los terrenos de la fábrica fueron cercados por una tapia; se iluminó toda la periferia de la propiedad; por la parte interior, se construyó una carretera de circunvalación para el servicio de material rodado; se dotó a la fábrica de un magnífico servicio de aguas para uso industrial y extinción de incendios; y se construyó una gran nave con nueva maquinaria que mejoró el proceso de fabricación.

La Fosforera de Tarazona destacó por fabricar la maquinaria destinada no sólo a sus propias instalaciones sino también al resto de las fosforeras del país. En 1956, el monopolio estatal desapareció y la explotación quedó adjudicada al Grupo Fierro. En los años siguientes, en un contexto de crisis de la industria fosforera, se produjo la paulatina desaparición de las diferentes fábricas repartidas por el país. La de Tarazona logrará mantenerse abierta hasta septiembre de 1992, fecha en que se cerrará definitivamente.¹¹

11. Sobre la historia de la Fosforera se puede consultar la siguiente bibliografía que se caracteriza, salvo excepciones, por su parquedad e irregularidad: "Tarazona Industrial", *Tarazona. Fiestas de 1949*; GARCÍA MANRIQUE, E., *Las comarcas...*, ob. cit.; *Siglo y medio de fósforos*, Madrid, Fosforera Española, S. A., 1982; BARDISA, T. *et alii*, "La industria fosforera alcoyana", *Imagen e Historia*, pp. 124-126; TARAZONA, L., "Historia de la industria de fósforos en España", *Tarazona Informativa*, núms. 50-54 (1985); CUESTA, J. A., *Estudio socioeconómico de la Comarca de Tarazona*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses, I.F.C., 1995; y BIEL, M^a P., "Breve aproximación a la arquitectura industrial de Tarazona", *Turiaso*, XIII, (Tarazona, 1996), pp. 185-200.

PODER LOCAL Y CONFLICTIVIDAD SOCIAL

Propietarios y obreras fueron los principales protagonistas de la historia de la Fosforera. Los primeros constituyeron redes de poder local en las que economía, política y sociedad se relacionaron estrechamente. Los segundos bastante tuvieron con acudir a diario a la fábrica a ganar un jornal que les era fundamental para la supervivencia de sus familias:

Yo era de Barillas. Mi madre era viuda, cogió a sus hijos y se marchó a Tarazona. Antes de entrar en la Fosforera estuve de niñera a los ocho años. A los trece entré en la fábrica de cerrillas.¹²

Pascasio Lizarbe Azcona formó parte de la elite local de Tarazona. La riqueza que le proporcionó la Fosforera le permitió convertirse en un rico propietario de tierras. De esta forma se integró en el grupo de hacendados que decidían sobre los destinos locales. Como miembros del sector más pudiente, acapararon los puestos en los órganos de decisión agrarios. En concreto, en 1900, entre los socios de la Cámara Agraria, y miembro de su Junta Directiva –su tesorero–, se encontraba Pascasio Lizarbe Azcona. Con más de noventa socios, la Cámara Agraria recogía en su interior a la mayoría de los ediles turiasonenses y a nueve miembros de la Junta del Sindicato de Rie-

12. Entrevista a Benita Zardoya Campos. Fecha y lugar de nacimiento: 23-03-1910, Barillas (Navarra). Trabajadora del hogar. Entró a trabajar en la Fosforera hacia 1922. Fecha y lugar de la entrevista: 03-01-2002, Tarazona.

gos. Lizarbe fue también concejal del ayuntamiento y, entre el 1 de abril de 1920 y el 1 de abril de 1922, alcalde. De esta manera, al control de la propiedad, se le unió el de los órganos políticos municipales. Éste fue, igualmente, el caso del propietario de la otra fábrica de cerillas, Dionisio Lasa, que, en diferentes momentos, desempeñó cargos de concejal y de diputado provincial.¹³

Para las obreras, abrumadoramente mayoritarias, a los escasos jornales y a las muchas horas de trabajo, había que sumar los peligros que entrañaba la fabricación de cerillas. Por un lado, la respiración del fósforo ocasionaba graves perjuicios para su salud; por otro, no era inhabitual que se originaran incendios.

Efectivamente, el fósforo es capaz de provocar graves intoxicaciones. El fosforismo crónico era una enfermedad profesional de carácter grave que padecían muchos de los empleados de las fosforeras. La forma tóxica es el llamado fósforo blanco, que puede provocar multitud de trastornos. Las consecuencias más graves que produce, y que pueden ocasionar la muerte del enfermo, son las lesiones degenerativas del hígado. Los empleados en las fosforeras de Tarazona padecieron las consecuencias de la inhalación de fósforo. Fue el caso de un obrero, “empleado en el contacto de las cerillas” en la fábrica de Dionisio Lasa que “solicitó

modificación de destino por iniciársele un cancer fosfóreo”.¹⁴

Desconocemos el número de pequeños incendios que se pudieron originar en la Fosforera, y más aún el de las quemaduras que las obreras sufrieron. Probablemente, dada la peligrosidad e inflamabilidad del material con que trabajaban, el número de accidentes fuera elevado:

las cerillas se podían encender y me daban mucho miedo. Algunos se quemaban.¹⁵

Sin embargo, sí sabemos de la existencia de dos grandes incendios que estuvieron a punto de destruir la Fosforera. El primero tuvo lugar en la madrugada del 21 de julio de 1880. Se temió que, por su magnitud, se pudiera comunicar a los edificios contiguos algo que, afortunadamente, no llegó a suceder. Los esfuerzos conjuntos del cuerpo de bomberos y de los vecinos dirigidos por su alcalde, López Veratón, que contó con el auxilio de la guardia civil, permitieron sofocar el incendio. Las pérdidas ocasionadas por el siniestro se calcularon en unos diez mil reales, pero la fábrica pudo reanudar sus actividades poco después.¹⁶

Un nuevo incendio tuvo lugar la noche del 20 de noviembre de 1915.

14. La noticia sobre el obrero enfermo aparece en el acta de la sesión de la Junta Local de Reformas Sociales del día 1 de junio de 1903. B. 16.3/2-6, Junta Local de Reformas Sociales, Archivo Municipal de Tarazona [A.M.T.].

15. Entrevista a Ángela Pérez Soria.

16. Las noticias en: *Diario de Avisos de Zaragoza*, 22 de julio de 1880, p. 3, H.M.Z.

13. Las ideas expuestas están desarrolladas en: SANZ LAFUENTE, G., *Propietarios del poder en tierras del Moncayo. Organización Agraria y Gestión de Recursos en la Comarca de Tarazona, 1880-1930*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses, I.F.C., 1997, pp. 106-107.

Éste fue también de grandes dimensiones. El fuego se inició hacia las nueve y media en la parte alta del edificio. Sin embargo, no se tuvo noticia de él hasta las diez. Era una noche fría y desapacible. Llovía a ráfagas y los vecinos estaban recogidos en sus hogares. Un viandante que pasaba por la plaza del Carmen se percató del fuego y avisó al ayuntamiento. El toque a rebato de la campana del consistorio y de la iglesia del Carmen dieron la alarma. Conster-nados, los vecinos se acercaron a la Fosforera para ofrecerse en las labores de lucha contra el incendio que amenazaba con destruir la más importante de sus industrias. Especial valor demostraron los obreros de la propia fábrica. Estaba en juego su futuro. Los servicios contra incendios del municipio y la guardia civil prestaron igualmente un gran servicio. El incendio se desarrolló en la parte central de la planta superior del edificio, donde se ubicaban las dependencias de envasado. Mientras se luchaba contra el fuego se procedió al desalojo urgente del combustible y de todas las materias inflamables que se almacenaban en la parte baja de la fábrica. Al impedir que el fuego llegara a este lugar se evitó una verdadera catástrofe. También se desalojaron las casas vecinas y la iglesia del Carmen por temor a que el fuego se pudiera propagar a los edificios contiguos, algo que, finalmente, no sucedió. Hacia las siete de la mañana el fuego quedó extinguido.

La parte central del edificio había resultado destruida, pero los muros maestros y gran parte del material se habían salvado. Por ello se pudo reconstruir el edificio y reanudar la producción. No obstante, los daños fueron

graves y los obreros quedaron en una difícil situación económica hasta que pudieron comenzar de nuevo el trabajo. Por su parte, el Estado, propietario de la fábrica, tuvo que correr con todos los gastos ya que no la tenía asegurada por el excesivo coste que le suponía pagar la correspondiente prima del seguro.¹⁷

A los periodos de suspensión de la actividad motivados por los incendios, hay que sumar la reducción de las jornadas de trabajo decididas por la patronal a causa del descenso en la demanda de cerillas, así como las huelgas convocadas para exigir una mejora en las condiciones laborales. Las familias de las obreras vivían con lo justo por lo que, cuando por alguno de estos motivos, la producción se paralizaba y dejaban de percibir su salario quedaban en una precaria posición.

El fuerte descenso en la demanda de cerillas que se produjo en la segunda mitad de los años veinte puso en peligro el jornal de las trabajadoras. En abril de 1927, la Fosforera trabajaba ya a la mitad de sus posibilidades. Las obreras habían visto reducida su jornada a media semana y ello dejaba en una complicada situación económica a muchas familias turiasonenses, al igual que afectaba a muchas otras, especialmente a las propietarias del pequeño comercio que veían como sus ventas disminuían drásticamente. De esta

17. Las noticias en: CABELLO, A., "En Tarazona. Horroso incendio en la fábrica de cerillas", *Heraldo de Aragón*, 21 de noviembre de 1915, p. 1, H.M.Z.; y "En Tarazona un gran incendio", *Diario de Avisos de Zaragoza*, 21 de noviembre de 1915, p. 1, H.M.Z.

forma, Tarazona se veía privada de uno de sus elementos de vida. Las cerillas tenían unos precios elevados y la competencia de los mecheros mecánicos, que aunque ilegales habían invadido la Península, había hecho que los almacenes de las fábricas se llenaran de cerillas que no encontraban salida. El Estado, ante esta situación, había decidido reducir la producción. Las obreras de la Fosforera se personaron ante su Alcalde, Juan Muñoz, y le pidieron que se pusiera fin a esta situación. El presidente del consistorio escribió una instancia al Gobierno en la que, solidarizándose con el personal de la Fosforera, solicitaba la bonificación de los precios de las cerillas y el incremento de la represión del contrabando de mecheros. También se pedía al Estado que, olvidando sus pretensiones exclusivamente recaudatorias, aumentara la calidad de las cerillas sin incrementar los precios, si no quería “matar la gallina de los huevos de oro”.¹⁸

No obstante, el problema no quedó resuelto ya que, de nuevo, en los primeros años treinta, tenemos noticias de la difícil situación de muchas familias turiasonenses por la falta de jornales en la Fosforera. A finales de 1933, la fábrica funcionaba tan sólo dos días a la semana, “que es tanto como brindar a los 1.000 obreros que en ella se aplican una vida de penuria muy cercana a la tiranía del hambre o de la emigración”. Ante esta situación, el ayunta-

18. La información en: “Una instancia al Gobierno de los obreros de la fábrica de cerillas de Tarazona”, *Heraldo de Aragón*, 16 de abril de 1927, p. 1, H.M.Z.; y “Una fábrica en crisis y una ciudad perjudicada”, *Heraldo de Aragón*, 23 de abril de 1927, p. 1, H.M.Z.

miento y las restantes “fuerzas vivas” de la localidad se dirigieron a la compañía arrendataria de fósforos solicitándole el restablecimiento de la jornada semanal “para conseguir el sostenimiento del obrero y, por ende, del comercio y demás actividades intermediarias, pues no hay que perder de vista que en un pueblo de 10.000 habitantes influye y marca honda señal la pérdida de 4.000 jornales semanales”. Ante esta demanda, la citada compañía argumentó que era necesario disminuir el número de jornadas de trabajo por el almacenamiento de existencias a causa del desmedido uso clandestino del mechero. El 19 de octubre de 1933, el consistorio turiasonense, considerándose “en el deber de estimular la represión del uso ilegal del mechero o encendedor”, remitió a los ayuntamientos de las localidades con fábricas de cerillas una misiva solicitándoles que enviaran un escrito al ministro de Hacienda en el que le solicitaran la adopción de “las medidas que considere más eficientes para que se lleve a cabo la más estrecha vigilancia y enérgica represión por el uso ilegal de dichos elementos, a fin de que repercuta a favor del aumento de consumo y, como consecuencia de la fabricación de fósforos, pueda ser un hecho el restablecimiento de la jornada de trabajo que se venía haciendo en esta industria”.¹⁹

La vida de la Fosforera no estuvo exenta de conflictos laborales. A principios de marzo de 1932, las obreras cerilleras adheridas a la Unión General de Trabajadores convocaron una huelga en la fábrica. Su objetivo principal

19. B. 16.2/7, Jornadas y Bases de Trabajo, A.M.T.

era mejorar sus salarios. Fue una protesta protagonizada por mujeres:

Hubo huelgas, y los señores y las señoras del grupo socialista estaban en las puertas para no dejar entrar a los que iban a trabajar. Entonces aún no habíamos oído hablar de los comunistas. Yo, como vivía en la misma esquina, lo veía todo. Yo fui a trabajar. Me decían que no pasara, pero yo pasaba y me decían: ¡esquirola, más que esquirola! La iglesia estaba allí mismo y nevaba, era invierno; y abrían la iglesia para misa, entonces las de la huelga que estaban en la calle se metían para no mojarse y pasar menos frío. [...] Aún había gente que hacía huelga, había unas cuantas. [...] En el 36 a algunas les mataron al marido, eran socialistas.

Llegaba la guardia civil a caballo cuando íbamos a trabajar porque había mujeres que no nos dejaban ir a trabajar. Yo era una cría y las mujeres en huelga estaban en las escaleras de la iglesia del Carmen y yo, inocente, me quedaba con ellas.

¡Esquirolas, esquirolas!, nos decían.²⁰

El ayuntamiento medió en el conflicto. Trató de garantizar el orden público y la libertad de trabajo, a la vez que solicitó del Director General del Timbre, Cerillas y Explosivos una solu-

20. Entrevistas a: Ángela Pérez Soria, Pilar Ramos Huguet (Fecha y lugar de nacimiento: 03-04-1918, Tarazona. Trabajadora del hogar. Entró a trabajar en la Fosforera a principios de los años treinta. Fecha y lugar de la entrevista: 03-01-2002, Tarazona) y Benita Zardoya Campos. Respectivamente.

ción a las demandas de las trabajadoras. A esta solicitud respondió el representante del Estado manifestando la imposibilidad de acceder al aumento de los salarios. Alegaba que, ya en 1931, se había llevado a cabo un aumento que se había distribuido en forma equitativa entre todas las fábricas y que, en esos momentos, el rendimiento del monopolio no permitía realizar un nuevo incremento de los salarios.²¹

Una comisión de las obreras en huelga, en compañía de los diputados socialistas de la provincia, señores Albar y Algora, marchó a Madrid. Allí se entrevistaron con el Director General del Timbre a quien expusieron las causas de la huelga, en especial la escasa remuneración que recibían pues se calculaba que percibían como jornal la mitad aproximadamente del salario de las cerilleras de las restantes fábricas del Estado. El Director General del Timbre manifestó a sus visitantes que nada podía hacer por el momento para atender sus peticiones ya que carecía de crédito para subir los jornales, pero prometió que lograría una suma de ochenta mil pesetas de las cuales cuarenta mil irían destinadas a la fábrica de Tarazona. El Director General del Timbre también se comprometió a atender otras peticiones que le fueron

21. Sobre el papel del Ayuntamiento en el conflicto: "Antonino Jaray. El Alcalde. Al pueblo de Tarazona", Tarazona, 4 de marzo de 1932, B.16.2/7. Jornadas y bases de Trabajo, A.M.T. No se conoce con exactitud el seguimiento de la huelga. Las noticias en la prensa consultada habla de cerca de mil obreras, lo cual supondría la mayor parte de la plantilla. Esta cifra en: "El conflicto de la fábrica de cerillas", *Heraldo de Aragón*, 3 de marzo de 1932, p. 10, H.M.Z.

hechas sobre el estado sanitario en que se encontraba la Fosforera. Esa misma tarde, Algora mantuvo un extenso encuentro con Casares Quiroga a quien expuso las condiciones de trabajo de las obreras y le pidió que ordenara la retirada de la fuerza pública que patrullaba por las calles, ya que se temía que su presencia pudiera provocar algún incidente. Posteriormente, Algora conversó, en los mismos términos, con el ministro de Hacienda, señor Carner.²²

Parece ser que las gestiones realizadas dieron algún resultado ya que poco después se daba por concluida la huelga:

Del Gobierno Civil.- Por un telegrama de Tarazona, ha conocido el gobernador civil interino la solución de la huelga que en Tarazona tenían planteada las obreras de la fábrica de cerillas. Con este motivo, la fuerza de la Benemérita concentrada en dicha localidad, ante la posibilidad de posibles trastornos del orden, ha vuelto a sus puestos.²³

No sería éste el único conflicto entre la dirección de la Fosforera y un destacado sector de sus obreras. En mayo de 1933, la U.G.T. denunciaba, ante la alcaldía de Tarazona, que “en la fábrica de cerillas de esta ciudad los días nueve,

22. “El conflicto de la fábrica de cerillas”, *Heraldo de Aragón*, jueves 3 de marzo de 1932, p. 10, H.M.Z.; y “Conflictos sociales. Las cerilleras de Tarazona reanudarán el trabajo el próximo lunes”, *Heraldo de Aragón*, 5 de marzo de 1932, p. 5, H.M.Z.

23. “Ha quedado resuelta la huelga de cerillas de Tarazona”, *Heraldo de Aragón*, 9 de marzo de 1932, p. 5, H.M.Z.

doce y trece de los corrientes, hubo reuniones clandestinas organizadas por el Sr. Gerente de dicho establecimiento fabril, sin permiso de la Autoridad local”. Se acusaba al gerente, Abel Lizarbe, de querer quebrar las fuerzas de la U.G.T. y de recibir los favores de los “enemigos del Régimen”. A esta denuncia, en la que también se hablaba de la “efervescencia observada entre los obreros cerilleros”, se sumaron la Agrupación Socialista y la Juventud Socialista de Tarazona. Para su tramitación se citó a Abel Lizarbe, administrador-jefe de la Fosforera, que negó la existencia de tales reuniones clandestinas. Posteriormente, diferentes trabajadores –no afiliados, de la “Fraternidad Cerillera Autónoma” y del “Sindicato Femenino”– declararon a favor de Abel Lizarbe. Finalmente, se remitió el expediente a las autoridades superiores.²⁴

LA FÁBRICA COMO ESCUELA DE VIDA

En la Fosforera, desde sus inicios hasta bien entrado el siglo XX, gran parte de la mano de obra estuvo compuesta por niñas. La legislación laboral prohibía el empleo de estas menores; sin embargo, su infracción fue una práctica habitual:

Yo entré jovencita porque mi hermana, la Josefina –que, aunque mayor,

24. Se envían cuatro expedientes: al Gobernador Civil, al Ministro de Gobernación, al Ministro de Hacienda y al Ministro de Trabajo. “Diligencias instruidas como consecuencia de la denuncia formulada por la Sección de Obreros cerilleros afectos a la U.G.T. de Tarazona. 13 de mayo de 1933”, B. 16. 2/7, Jornadas y bases de trabajo, A.M.T.

también era menor de edad—, iba a la fábrica. Le dijo al encargado: oiga, señor Victoriano, mi hermanica quería venir a trabajar. Y él le dijo: ¿cuántos años tiene? Yo tenía ocho. Y dijo: pues mira, ¿sabes lo que te digo? Que vengas esta tarde. Y esa tarde fui a trabajar y me pusieron de gomera ha hacer cajitas. Eso fue lo que pasó.²⁵

Este testimonio se repite entre aquellas niñas, ahora ancianas, que entraron a trabajar en la Fosforera a finales de los años veinte y principios de los treinta:

Empecé a trabajar en la Fosforera a los diez años. Había algunas de nueve.²⁶

La mano de obra infantil resultaba rentable a los propietarios de Fosforera. Además de poseer una manos hábiles para el manejo de las cerillas, tenían la energía suficiente para trabajar muchas horas y no se veía extraño que sus salarios fueran menores de los que se pagaban a las mujeres mayores de edad:

Cobrábamos semanalmente. ¡Pobrecicas! ganábamos, a lo mejor, dos pesetas con cincuenta céntimos. Las mujeres que ganaban a jornal, que decíamos, cobraban tres duros. Aún recuerdo a una que pasaba siempre haciendo sonar el dinero en la mano.²⁷

En la fabricación de las cajas, donde trabajaban durante largas y agotadoras

jornadas muchas de estas niñas, se apreciaba un buen orden y ritmo de trabajo:

las trescientas operarias que se emplean, todas ellas jóvenes, trabajan con la prodigiosa ligereza de una máquina y guardando un perfecto orden.²⁸

El horario de trabajo de estas niñas era tan duro como el de cualquier adulto:

Trabajábamos muchas horas, entonces no estaban las ocho horas. Metíamos, a lo mejor, doce horas, y nuestras madres tan contentas, que nos tenían recogidas y encima nos daban algún dinero. Normalmente íbamos a trabajar a las ocho. Trabajábamos por la mañana y por la tarde; y llegamos a hacer, más adelante, jornada intensiva, entonces íbamos de la seis de la mañana hasta las dos y, otras, de dos a diez.²⁹

Las necesidades del mercado marcaban los horarios de trabajo y, en muchas ocasiones, la demanda de cerillas exigía incrementarlos:

Y trabajábamos muchas horas, muchas, unas doce. Entrábamos de madrugada y salíamos tarde. Trabajábamos a destajo, como entonces se llamaba, cuanto más trabajábamos, más ganábamos.³⁰

28. CARO, D., "Notas de un cursillo. En la fábrica de cerillas", *Diario de Avisos de Zaragoza*, 25 de agosto de 1915, p. 1, H.M.Z.

29. Entrevista a Ángela Soria Pérez.

30. Entrevista a Pilar Ramos Huguet.

25. Entrevista a Pilar Ramos Huguet.

26. Entrevista a Ángela Soria Pérez.

27. Entrevista a Ángela Soria Pérez.

La jornada se interrumpía media hora por la mañana, para almorzar, y otra media por la tarde, para merendar. En ocasiones, hacia las diez de la mañana, las niñas eran sacadas de la fábrica para ir un par de horas a la escuela. Sólo descansaban los domingos y las festividades locales de San Agustín y San Atilano, los días 28 de agosto y 5 de octubre, respectivamente.³¹ Poco era el tiempo libre que a niñas y jóvenes les quedaba para relacionarse. Alguna de ellas recuerda como “cuando nevaba, los jóvenes hacían un muñeco grande de nieve y nos veían salir de la fábrica —los jóvenes no iban a realizar las labores del campo³² por estar nevando—”.

La Administración Pública arbitró una serie de medidas para intentar poner fin a estos abusos. En virtud de la Ley de 13 de marzo de 1900, se crearon las Juntas Locales y Provinciales de Reformas Sociales a las que se les atribuyó la misión de inspeccionar todo centro de trabajo, procurar el establecimiento de jurados mixtos de patronos y obreros, entender a modo de tribunal arbitral de las reclamaciones que unos y otros sometían a su deliberación y velar por el cumplimiento de la Ley. De todas estas, la principal función que se les encomendó fue la de inspeccionar los talleres y establecimientos industriales. El Reglamento que desarrollaba la citada Ley, aprobado por Real Decreto de 13 de noviembre de 1900, en su Capítulo VI, artículos 31 al 37, regulaba la forma en que debía ser llevada a cabo esta inspec-

ción. Eran las Juntas Locales las que debían nombrar, de entre sus miembros, a los individuos que considerasen adecuados para llevar a cabo la inspección de las fábricas, talleres y establecimientos de trabajo enclavados en el término municipal. Los inspectores debían, en su caso, dar cuenta a la Junta Local de aquellos casos en los que entendieran que se incurría en la prohibición de emplear a menores. Debían controlar las condiciones higiénicas, la limpieza, la salubridad y la seguridad de los talleres; así como la edad, las horas de trabajo y el cumplimiento de la obligación escolar, para lo cual podían exigir las papeletas de asistencia de los niños a la escuela. Para esta función inspectora, se podía solicitar, si se consideraba necesario, el concurso de las juntas de sanidad, de beneficencia y de las sociedades protectoras de la infancia e, incluso, el dictamen de un médico que les acompañase.³³ El resultado de la inspección debían ponerlo en conocimiento de las autoridades locales y del Gobierno para que, en su caso, se tomaran las medidas correctoras y se aplicaran las sanciones correspondientes.

Pronto se empezaron a constituir las Juntas Locales de Reformas Sociales. Se quería que en ellas estuvieran representadas las dos partes fundamentales de la producción: el Capital y el Trabajo. En julio de 1900, se constituyó en Tarazona la Junta Local de Reformas

31. Entrevista a Ángela Soria Pérez.

32. Entrevista a Benita Zardoya Campos.

33. A tenor de la Real Orden de 3 de agosto de 1904, que reorganizaba las Juntas de Reformas Sociales y designaba como vocal nato de las mismas al médico titular de cada localidad, se interpretaba que era éste quien debían efectuar las funciones técnicas precisas para el buen servicio de la inspección.

Sociales. Estaba integrada por los siguientes miembros: entre los patronos se encontraban Victoriano Lasa, Julio Montero, Pedro Gutiérrez y Pascasio Lizarbe; los obreros estaban representados por Ángel Labartida, Justo Arana, Gregorio Latorre y Gregorio Cuartero; a ellos se sumaban el alcalde, Miguel Lóbez, y el cura párroco, Pablo Tarazona. En octubre de 1903, se estableció una nueva Junta en la que reaparecían los nombres de los propietarios de las dos fábricas de cerillas por entonces en funcionamiento: Pascasio Lizarbe y Victoriano Lasa.³⁴ En caso de ausencia, enfermedad o cese definitivo de uno de los vocales de la Junta, le debía sustituir el vocal suplente de entre los elegidos al proceder a la elección de la mencionada Junta. En la Junta de Tarazona se tuvieron que tomar medidas ante la ausencia reiterada del vocal Pascasio Lizarbe, representante de la patronal. A tal fin, se acordó oficiar a la razón social que representaba para que designara a quien le sustituyera.³⁵

Sin embargo, no parece que la aplicación de esta legislación surtiera los efectos deseados. Cuando la Real Orden Circular de 2 de julio de 1907

34. "Acta de Constitución de la Junta Local de Reformas Sociales de Tarazona. 1 de julio de 1900". B. 16.3/2-6, Junta Local de Reformas Sociales, A.M.T.

35. "Sesión del día 17 de noviembre de 1903 de la Junta Local de Reformas Sociales de Tarazona". B. 16.3/2-6, Junta Local de Reformas Sociales, A.M.T. La información ofrecida sobre las Juntas Locales de Reformas Sociales en: Instituto de Reformas Sociales, *Reglas para el funcionamiento de las juntas locales y provinciales de Reformas Sociales*, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1905.

dispuso que las Juntas Locales debían remitir al gobernador civil una clasificación de las industrias insalubres y peligrosas donde debía prohibirse el trabajo de los menores de dieciséis años, la Junta Local de Tarazona acordó por unanimidad lo siguiente: "manifestar a los superiores que existen industrias insalubres –las fábricas de cerillas y curtidos–; que no obstante esta clasificación, son extremadas las medidas higiénicas y de seguridad adoptadas en ellas en bien de los obreros; y la labor en que se emplean a los más jóvenes es la menos perjudicial a su salud; que son contados, por lo muy escasos, los jóvenes de uno y otro sexo menores de diez y seis años admitidos al trabajo; pero que secundando la Junta las plausibles medidas del Gobierno de S.M. en materias tan importantes como la salud pública y protección de menores, se designa a los dueños de aquellos centros fabriles, recomendándoles que extremen, si es posible, la higienización de todos los talleres; que redoblen las medidas de seguridad y que restrinjan todo lo posible la admisión de obreros menores de diez y seis años de uno y otro sexo".³⁶ Además de reconocerse que había menores trabajando en condiciones inadecuadas, se establecía que fueran los propios propietarios de las fábricas quienes velaran por el cumplimiento de la legalidad. Es por ello que no resultaba extraño que la Fosforera, como otras empresas, siguiera empleando a una abundante mano de obra infantil, infringiendo de manera clamorosa la legislación laboral que

36. Sesión extraordinaria del día 7 de septiembre de 1907 de la Junta Local de Reformas Sociales de Tarazona. B. 16.3/2-6, Junta Local de Reformas Sociales, A.M.T.

protegía a los menores. Mientras que por una puerta entraba la inspección, por otra salían las niñas, a la espera de que, una vez se hubiera marchado el inspector, pudieran volver al trabajo:

Para que no nos vieran las autoridades, en vez de sacarnos por la puerta principal, nos sacaban por unos corrales. Me acuerdo que había veces que salíamos disparadas, para que no nos vieran tan jovencitas. [...] Estábamos trabajando y nos advertían, entonces salíamos por la puerta de

abajo, de los corrales que decíamos, para que no nos vieran.³⁷

Nos íbamos por el corral. No teníamos edad.³⁸

No será hasta bien avanzado el siglo XX cuando se ponga fin a la utilización de mano de obra infantil. La modernización dará paso a la máquina y desplazará al hombre, con lo que cada vez serán menos las familias turiasonenses cuyo jornal dependa de la Fosforera. Ya desaparecida, ésta quedará en la memoria de todas ellas.

37. Entrevista a Ángela Soria Pérez.

38. Entrevista a Pilar Ramos Huget.

